



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Amor e identidad cristiana

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 13, 31-35 (5º Domingo de Pascua del Ciclo C – 19 de mayo de 2019)



En la reflexión del domingo pasado, siguiendo la imagen del Buen Pastor, os proponía **volver a Jesús** y **volver al Evangelio** como el único camino cierto que tenemos los creyentes para superar las dificultades del momento actual de la Iglesia. Volver a fundar lo que somos y hacemos en Jesús llena de sentido la cotidianidad de la comunidad de los discípulos y abre las puertas a un futuro esperanzador pues nos coloca en la senda de un proyecto que supera con

creces nuestros propios anhelos e ideales. La Iglesia, por esencia y definición, no vive para anunciarse a sí misma, sino para ser Sacramento de Cristo y servidora de su misión.

Para este domingo quisiera sugeriros la actitud que hace posible que volvamos a Jesús y al compromiso con su misión de transformación y liberación de la humanidad: **el amor**. Puede parecer simple pues en el lenguaje contemporáneo al decir amor podemos transitar desde los más hondos sentimientos de los seres humanos hasta las realidades más banales. Sin embargo, para nosotros los cristianos, el amor, más que un noble sentimiento, nos remite a lo más profundo de nuestra identidad: **“La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”**. Para acercarnos a ese Amor con mayúsculas os propongo tres miradas que nos pueden ayudar a surcar las arterias de un corazón que es inabarcable.

Amar a la manera de Jesús...

Amor compasivo y misericordioso. El ser humano es muy complejo lo que hace que una disección anatómica de su corazón resulte una tarea de enorme dificultad. En nuestra vida se entremezclan, en medio de límites difusos, los aciertos y los errores, las luces y las sombras, la bondad y la maldad, la ternura y el aguijón... Junto a los aciertos, que gracias a Dios no son pocos, surgen como una sombra las contradicciones y las incoherencias propias de nuestra condición finita, falible y vulnerable. Con humildad reconocemos que no siempre transparentamos al Dios que acontece en nuestro corazón, al contrario, nuestro yo se hace tan grande que llega a eclipsar la luz del sol que no tiene ocaso. Sin embargo, a pesar de nuestras múltiples equivocaciones, cuando nos

presentamos ante Dios no hay asomo de angustia o ansiedad pues tenemos delante al autor de la compasión y de la misericordia que, más allá de nuestro error, ve las enormes posibilidades de una vida que se puede rehacer. El amor compasivo de Dios es un amor que se agacha para recogerlos cuando, habiendo perdido el norte, nos hundimos en el barro de nuestra pequeñez. Este amor misericordioso, que aparca el juicio para sembrar oportunidades, restaña nuestras heridas y nos lanza de nuevo a la aventura de los sueños de libertad y verdad; de justicia y dignidad.

Amor sin límite. Cuando era niño escuchaba una canción que decía: “De qué color es la piel de Dios? Dije negra, amarilla, roja y blanca es, todos son iguales a los ojos de Dios”. ¡Qué bella metáfora para hablar del amor inclusivo de Dios! El amor de Dios no tiene ni fronteras ni límites, es un amor tan generoso que hace llover sobre buenos y malos, sobre justos y pecadores y que no deja a nadie sin la posibilidad de vivir en comunión con Él. Es un amor que toma la iniciativa y que quiere que todos gocemos de su salvación, opta por nosotros y sigue apostando por la humanidad.

En medio de la era global, cuando las fronteras se difuminan y se nos convoca a ser ciudadanos del mundo, ¿qué sentido tiene poner muros, cerrar puertas o etiquetar a quienes piensan y sienten de manera diferente a nosotros? Si volvemos la mirada al amor ilimitado de Dios descubriremos que no hay mayor alegría que la que se experimenta cuando la persona que estaba fuera o que se sentía rechazada y marginada vuelve a casa para participar plenamente del calor del hogar. El amor ilimitado y misericordioso de Dios forman un matrimonio indisoluble que hace que renazca la vida plena para todas y todos.

Amor oblativo. La última característica del amor de Dios es el “no va más” de la generosidad. Un amor que es capaz de ofrendar la vida por la persona amada. Jesús lo hizo en la cruz para rescatar nuestra libertad. Dio su vida, una vez para siempre, para que nosotros tuviésemos una vida abundante, plena y feliz. El amor oblativo de Dios nos hace salir de nuestro ensimismamiento e ir en la búsqueda de los otros y del Otro. Nuestro propio amor, querer e interés cede el espacio a la vida compartida y construida con otros. La oblación no tiene por qué darse a través de actos heroicos o martiriales, se da en el trabajo bien hecho de cada día, cuando ponemos alma, vida y corazón en todo lo que hacemos aunque a los ojos de la eficiencia sean cosas nimias. La fidelidad en el silencio de la cotidianidad, el hacer todas las cosas “a la mayor gloria de Dios” y al servicio de los hermanos son indicadores de una vida entregada y marcada por el amor generoso de Dios.

Pidamos a Dios que nos marque con su amor para que todo lo que somos y hacemos esté definido e identificado por el amor.